

EN EL TREN DE LA HISTORIA

© 2020, Ediciones Experiencia
© 2020, Rosa M. Rajlin

Edita: Ediciones Experiencia, S.L.
C/ Ametllers, 16 - local A
08320 El Masnou (Barcelona)
Tel.: 93 241 10 25
ediciones@edicionesexperiencia.com
www.edicionesexperiencia.es

Primera edición: junio 2020

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Depósito legal: B 17595-2020
ISBN: 978-84-121905-2-6
Compone: Gràfiques 92, S.A., Avda. Can Sucarrats, 91
08191 - Rubí (Barcelona)
Impreso en España – Printed in Spain

EN EL TREN DE LA HISTORIA

Rosa M. Rajlin

Capítulo 1

Lorena sube al tren en Prinzenstrasse, en el barrio de Kreuzberg, Berlín, como empujada por una tempestad de verano, al vagón repleto de estudiantes remolones que apenas logran mantener el equilibrio y trabajadores indiferentes camino a sus rutinas cotidianas. Le disgusta apretujarse entre la gente el primer día después de sus vacaciones. Presiente que su mundo va a cambiar. Y a peor.

Oculto sus ojeras con gafas de sol, viste un traje colorido, un chaleco liviano blanco, y lleva una pequeña mochila a la espalda.

Siente que algo tira de ella hacia atrás. Se vuelve alarmada: su mochila se ha enganchado con la mochila negra que carga un sujeto robusto. Intenta desprenderla, se abre y todo su contenido cae en cascada: una libreta, bolígrafos, una carpeta, la bolsita de maquillaje, las llaves y el pasaporte se esparcen por el suelo entre las piernas de la gente. El hombre se ha girado, le ayuda a recoger, mira extrañado el pasaporte y lo retiene en su mano. Ella se disculpa torpemente y lo recupera; tiene la sensación de que el tipo la mira con desprecio; quiere huir de allí. Pero el tren ya está en marcha, sus manos ocupadas con los objetos dispersos no le permiten cogerse a tiempo y cae sobre un hombre alto que la mira contrariado; la deja pasar, restregando luego su cuerpo contra ella. Quiere entrar en el pasillo, pero una mujer ocupa la entrada. Lorena le pide pasar; la mujer le da la espalda y no

se mueve ni un centímetro. Le parece que todos la miran con reprobación y se confabulan contra ella; está atrapada entre la masa de cuerpos que desprenden olor a tabaco, pasta dental y espuma de afeitarse. Le falta el aire, su corazón bombea alocado y sus ojos se humedecen de rabia y de miedo. Empuja sin éxito. Se siente torpe y mareada, en peligro. Con la ropa revuelta, por fin se hace un espacio y consigue llegar hasta un asiento junto a una ventanilla; se desploma, guarda sus pertenencias en la mochila, estira sus largas piernas, reposa la cabeza en el cristal y cierra los ojos.

Piensa: “¿Cuándo podré sentirme una más entre ellos? ¿Cómo aprender sus códigos? ¿Cómo olvidar lo que ocurrió aquí, de qué fue capaz esta gente en el pasado?”.

Poco a poco espanta sus fantasmas y se va relajando. Tiene aún una media hora larga de viaje para acabar de despertarse.

La mañana luminosa refleja su rostro soñoliento en la ventana. Se sube las gafas a la frente y ve las ojeras que no ha logrado cubrir con el maquillaje. Se sonríe.

“Reina de belleza no, pero siempre compuesta, pequeña, por lo que pueda acontecer”, se dice mentalmente para darse ánimos.

Escucha vibrar su teléfono móvil: “Que tengas un agradable primer día de clase”.

“Ay, mi madre”, piensa, con ternura y un punto de disgusto. “Controlando todos mis pasos. ¡Si supiera la hija que tiene!” Contesta con una carita graciosa y un “gracias”.

Con el concierto de la noche anterior se ha despedido del verano; ha mezclado bebidas y ha dormido escasas cuatro horas. Se había matriculado en un curso complementario de música africana que le interesaba lo suficiente como para hacer el sacrificio de asistir medio dormida a la primera clase.

“¡Ya habrá tiempo de dormir!”, piensa.

En la estación de Wittenberg sube un chico alto, de tez morena, labios gruesos y cabello rizado, tan exótico que los viajeros hacen espontáneamente un hueco a su alrededor. Lorena se endereza para verlo mejor y atrapar su atención. Le impresiona su mirada: sus ojos son pardos y profundos, pero con un brillo extraño que los hace parecer claros. Él pasea su mirada por el interior del vagón, pero parece que no la ve. “¿Acaso quieres flirtear otra vez?”, la reprende su voz interior.

Los edificios del centro van dejando paso a barrios residenciales, edificios uniformes y anodinos rodeados de verde. Junto a la vía del tren, crecen pequeños huertos urbanos. Cierra los ojos cuando el tren entra en el túnel subterráneo que es para ella, entrar en su mundo íntimo.

Para una joven en la treintena, madura, intelectual, artista, militante por los Derechos Humanos, su vida personal deja mucho que desear: ha encadenado una lista de amoríos diversos, muchos de los cuales le gustaría borrar; vive en un piso compartido en una cuarta planta sin ascensor, en un edificio antiguo, en un barrio de inmigrantes turcos; estudia en Berlín gracias a una pequeña beca, la ayuda escasa de sus padres y algunos trabajos esporádicos. Y su permiso de residencia caduca a final de año, si no encuentra antes una solución.

Muchos se bajan del tren en Dahlem. Los estudiantes continúan hasta la siguiente estación. El flujo de jóvenes se diluye como un río entre los diferentes edificios de la Universidad Libre.

“Ya estamos aquí otra vez”, enarbola Lorena una sonrisa resignada.

Sube las escaleras hasta el vestíbulo del edificio de oficinas y busca en la cartelera en qué edificio y aula se dicta su curso.

—I´m sorry, can you help me? —escucha a su espalda.

—¿Hablas español? —Lorena se vuelve cuando escucha el acento. Ahí está el chico del tren.

—Encantada, soy Lorena. —Le tiende la mano.

—Sí. El acento me delata, ¿eh? —dice él y responde al saludo.

—Encantado también, soy Sami. Necesito ubicar mi clase y esto está todo en alemán. Es el curso de música de Medio Oriente.

—No te preocupes. —Lorena estudia la cartelera, disimulando la emoción que le causa poder ayudarlo. —Tenemos suerte. Es en el mismo edificio que la mía. Pero démonos prisa, que vamos un poco tarde, los alemanes son estrictos con los horarios.

Baja las escaleras de dos en dos y devora el camino con sus zancadas. La luz del sol reverbera en el césped fino que separa los edificios de varias facultades.

Sami se esfuerza por seguirla y hablar al mismo tiempo.

—¿Cómo sabes español? ¿Qué estudias?

—He vivido un año en España para aprender español y luego dos años aquí estudiando alemán. Ahora comienzo el último semestre de Antropología. Hoy voy a un curso complementario de música de África atlántica.

—Hablas muy bien español, con un poco de acento.

—Es que mi madre es argentina y la he escuchado hablar español con sus hermanas y amigas desde que era pequeña. Y tú, ¿no hablas alemán? Las clases son en alemán, ¿verdad?

—Me he matriculado en este curso porque es en inglés. También estudio alemán.

La fachada del instituto de Antropología está cubierta de grafitis coloridos. Muchos estudiantes se reencuentran después de las vacaciones, se distribuyen por los pasillos y entran en las aulas.

—Esta es tu aula —señala Lorena, deteniéndose frente a una puerta.

—Gracias. —Sami intenta recuperar el aliento. —¿Nos vemos luego?

—A las tres y media en la entrada —casi grita Lorena, hundiéndose en la marea de estudiantes.

De pronto se siente despierta y liviana. Entra en su aula excitada, con el tacto suave de Sami en su mano y el brillo de sus ojos en su retina.

Las mesas están dispuestas en forma de U con las sillas alrededor. Encuentra un sitio libre entre un hombre rubio y una chica morena.

—Hola, soy Mark —se presenta en alemán el hombre a su lado.

—Lorena, buenos días —sonríe ella.

La profesora entra y saluda. Es joven, alta y desgarbada. Lleva el cabello claro, muy corto, con un mechón largo que cubre su frente y parte de un ojo. De pie, de espaldas a la pizarra, habla lentamente y es fácil entenderla.

—Bienvenidos a todos. Os explicaré la dinámica de este curso. Cada uno de vosotros deberá preparar un tema, una clase, con las explicaciones y audiciones correspondientes. O sea, en la fecha que le toque, será el profesor. Aprenderemos todos de todos. Serán apreciados debates y aportaciones. Ahora pasaré lista y os daré las fechas y los temas que deberá preparar cada uno.

Para Lorena será un reto exponer en alemán.

Sin embargo le susurra a Mark:

—Será divertido, ¿no crees?

Él asiente con media sonrisa.

Ella saca la libreta de la mochila y apunta la guía que va dando la profesora para la preparación de los trabajos. Le ha tocado influencia de la música africana en América del Sur. Piensa en

Brasil, Uruguay, Colombia, Perú. Se olvida de su encuentro con Sami.

En el descanso, Mark le dice:

—¿Te apetece un café?

—Lo estaba deseando. He dormido poco y...

—¿De dónde eres? —Pregunta Mark, —no identifico tu acento.

—Adivina —dice Lorena. Disfruta con el misterio de su origen.

—Arrastras las “erres” pero no eres francesa. —Mark sigue su juego, mientras salen de la clase y van a la cafetería.

—Frío, frío —se divierte Lorena.

—Tal vez de algún país árabe... Tu piel es más bien morena, pero un poco pálida a la vez.

Le roza el cabello liso y largo y a Lorena le corre un escalofrío por la espalda.

—Tibio, tibio.

La cafetería está llena de gente y huele a café y a pan recién salido del horno.

Cogen sus bandejas, piden el café y encuentran una mesa libre junto a una ventana.

—Me rindo —dice él.

—Soy ciudadana del mundo, aunque nací en Israel. Mi madre es argentina y mi padre iraquí, de Irak.

Mark abre mucho los ojos.

—¿Entonces hablas hebreo?

—Claro. Allí todos los niños hablamos hebreo —dice Lorena con sarcasmo —la “erre” se pronuncia así.

—¿Y qué hace una chica israelí en Berlín, en Alemania, estudiando música africana?

—Bueno, es una larga historia que te contaré otro día. Háblame de ti.

—Nací y me crié en Berlín. Punto. Nada interesante, como ves.

—Para mí, es muy interesante. Si no, no estaría aquí. ¿Por qué un berlinés estudia música de origen africano?

—Es un curso que me dará los puntos que necesito para obtener mi título. Y sí, me gusta la música étnica. Escribo para una revista especializada en música, en músicas del mundo, pero voy por libre y no sé cuánto tiempo me durará este trabajo.

La cabeza de Lorena funciona a gran velocidad: Mark le resulta atractivo, le gusta la música como a ella y es alemán. Puntos a favor. Es un poco pálido, tiene cicatrices de acné en la piel y parece bastante mayor que ella. Puntos en contra.

“¿Por qué?”, se pregunta, “¿por qué no me atraen los hombres de piel clara y qué importa la edad?”.

Todo eso pasa por su mente mientras le escucha hablar de sus gustos y de su vida.

—Te has quedado callada. Perdona si te aburro —se interrumpe Mark.

—No, no, de ninguna manera. Solo que he dormido poco y a veces se me va la cabeza. Anoche estuve en un concierto buenísimo, de reggae, precisamente. El último al que podré asistir este verano. Ya sabes, con las clases... —Siente pesadumbre de que acabe el verano.

—¿En YAAM? —pregunta Mark.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —dice Lorena, suspicaz.

—También yo estaba allí.

—¡Increíble! —Dice Lorena. Piensa: “extraña coincidencia”.

—Para nada —dice Mark —todo Berlín estaba allí.

—¡Ah, cómo me gusta esa música! Grupos buenísimos. Bailé hasta gastar la suela de los zapatos. —Lorena se ríe con estridencia. —Me parece que el café me está afectando.

—Me imagino que además de música estudias algo más.

—Estoy en el último semestre de Antropología.

—Te queda poco para licenciarte.

—Sí. El problema es que después se me acabará la beca, la residencia, todo. Y no sé lo que haré. Quiero quedarme en Europa. No quiero volver a Israel. Aunque tengo mi familia y mis amigos allí, la atmósfera es agobiante. Claustrofobia. Y estoy en contra de la política del gobierno con los palestinos y con casi todo lo que hacen.

—Podrías encontrar trabajo aquí.

—Bueno, aparte de la beca, algo hago: Estudié en un Colegio Superior de canto y de vez en cuando tenemos actuaciones con mi grupo en bares y esas cosas.

Su falsa modestia quiere ocultar lo mucho que valora su arte. Aún cree que debe disculparse por ganarse la vida fuera del sistema.

—Así que cantas... Déjame adivinar: música reggae.

—Un poco de todo. Me gusta cantar jazz, pero lo que más me piden es música turca o griega, fusión.

—Me gustaría escucharte. —Mark mira el reloj. —¿Quedamos para seguir charlando después de clase?

Lorena recuerda su cita con Sami y algo tiembla en su voz.

—Lo lamento. Hoy me será imposible, tengo una cita. Pero nos veremos en la próxima clase.

No quiere defraudar a Mark.

—Ya lo creo —dice él —la próxima clase la doy yo.

—Es verdad —reacciona Lorena —por suerte, a mí me queda bastante tiempo para aprender de los demás antes de preparar la mía. Esta semana comienzo a cursar cinco asignaturas del semestre, veremos lo que me espera.

—La profesora me conoce. Tengo la sensación que me ha puesto primero en la lista para hacer una especie de introducción al curso.

—Tendrás que trabajar mucho esta semana, entonces.

Capítulo 2

El resto de la clase se le hace corto. Lorena se despide de Mark y se tiende en el césped frente al edificio para ver salir a Sami. Cierra los ojos y gira su rostro hacia el sol.

—Aquí estás —dice él sonriendo. —¿Hace mucho que esperas?

—Unos minutos —miente. Su rostro ha enrojecido bajo las gafas de sol. —Estoy hambrienta.

—Yo también. ¿Se puede comer algo por aquí?

—Probemos la cantina de la biblioteca —dice Lorena, estirando su largo torso. —El año pasado la comida era muy buena allí.

Van andando uno junto al otro.

—¿Dónde vives en España? —pregunta Lorena.

—Soy de un pueblo del sur, cerca de Almería, pero estudié en la Universidad de Sevilla.

—¡Qué casualidad! Estuve allí un año, en casa de una amiga de mi madre. Me encanta la ciudad.

“¡Hipócrita!”, se dice a sí misma, “si tú no crees en las casualidades.”

Sami le gusta y busca puntos en común con él para seducirle. Desearía que su encuentro no fuera casual.

—Mi familia vive en un pueblo de Almería. Mi padre es agricultor, es marroquí. —Lorena se sobresalta, se detiene y lo mira. —Tiene un invernadero de tomates. Quería que le ayudara en el campo, pero yo preferí estudiar. Estuve un año en Brujas en casa de unos parientes, para mejorar mi francés, pero allí hablan flamenco, y en casa árabe. Así que mejoré mi inglés —dice con ironía. —Cuando regresé, me matriculé en Sevilla en Ciencias de la Educación; me licencié, pero ahora es difícil encontrar trabajo como maestro; hay que hacer unos exámenes previos, las oposiciones. Pero no quería volver al invernadero con mi padre, así decidí venir a aprender alemán. Añadiré algo a mi puntaje.

—Sí, el hombre hace planes y Dios se carcajea, dicen algunos.

Lorena ha seguido lo que ha contado Sami, pero su pensamiento se ha congelado en la palabra marroquí. Es la primera vez que conoce un marroquí, bueno, hijo de un marroquí. Quiere preguntar más detalles, pero Sami se adelanta:

—Me suena esa frase. Es una cita bíblica o algo así... ¿Tú de dónde eres?

Ella responde con otra pregunta:

—¿Eres musulmán?

—Mis padres lo son, practicantes. A mí la religión no me importa demasiado.

Lorena se imagina a su madre llorando en la cocina y a su padre mesándose los cabellos en el salón, cuando ella les anuncia que tiene un amigo musulmán. Se coloca las gafas de sol para ocultar su rubor y aprieta el paso.

Cuando entran a la cantina, no ve nada. Se quita las gafas. Disimula su turbación estudiando una pizarra lateral donde cuelgan anuncios de todo tipo: ofertas y demandas de alquiler de habitaciones, de empleo por horas; compra y venta de útiles de estudio, ordenadores, libros, colecciones de música; programas de conciertos, cursos, exposiciones, cine y más.

Coge una bandeja, cubiertos, una taza y pan. Sami la imita y se ponen a la cola para elegir la comida que está en un carro en bandejas de aluminio.

Ella elige pollo al horno y verduras. Él vacila entre carne guisada y pescado.

—¿Es vaca o cerdo? —pregunta Lorena en alemán a la empleada que entrega las raciones.

—Cerdo —le responde.

—Coge el pescado mejor, Sami.

—No te preocupes —dice Sami —yo como cerdo en España y aquí también, aunque en mi casa no lo aprueben.

Lorena elige té rooibos y Sami pide un refresco de limón.

Se sientan a ambos lados de una mesa.

—Cuéntame más de tu familia, Sami. Me interesa. Los inmigrantes lo están pasando mal en España. Y en toda Europa.

—Mis padres llegaron hace muchos años, recién casados, cuando todavía la situación no era tan difícil. Él había trabajado de joven en Marruecos en la finca de un inmigrante palestino con varias hijas —Lorena se queda con los cubiertos en el aire cuando escucha la palabra palestino —mi madre era una de ellas. Pidió su mano, se casaron y emigraron a España. Mi padre encontró trabajo como peón de un agricultor en Almería y mi madre hizo trabajos diferentes hasta que tuvo su primer hijo. El dueño de la finca se fue haciendo mayor; mi padre tenía experiencia y trabajaba los invernaderos como si fueran suyos. Los hijos del dueño no querían saber nada del campo, igual que yo —sonrió —así que mi padre le ofreció un trato, la compró y se la fue pagando de a poco.

—¿Y tu madre?

—Trabaja a la par de él, con mi hermano mayor, todo el día escuchando radio de Marruecos y las noticias de Gaza, porque allí tiene tíos y primos. Apenas aprendió español. Lo necesario. Así que me crió escuchando música oriental.

—Hablas bien árabe, entonces —afirma Lorena.

—Lo entiendo, pero lo hablo poco y mal.

Lorena lo mira encandilada por el brillo de su mirada y se pregunta qué le ha llevado a ella, judía nacida en Israel, a sentirse atraída por este hombre, Sami, de madre palestina, y español. Recorre con su mente los caminos que ha elegido y cómo el destino la ha traído hasta aquí, hasta esta mesa de esta cantina en Berlín, Alemania. Está alterada y ha perdido el apetito. “¿Cómo reaccionará él cuando se entere de dónde soy?”, duda. “¿Han sido mis elecciones o este encuentro ha estado predestinado?”.

—Por favor, come, se va a enfriar tu pollo —escucha que dice Sami.

Comen en silencio. Sami saborea la carne y las verduras y suelta sonidos de placer. Parece que hiciera años que no come.

—¿Dónde vives? —pregunta Lorena cuando consigue tragar un trozo de pollo.

—Encontré una habitación a buen precio en Schöneberg, con dos compañeros, un español y un francés. Nos llevamos bien. ¿Verdad que Berlín es una ciudad donde es fácil arreglarse?

Lorena se alegra de poder cambiar a un tema menos personal.

—Sí, es más barato que otras ciudades europeas, como París o Londres.

—¿Cómo has llegado tú aquí? —pregunta Sami.

—Después de España quería viajar un poco, conocer Europa. Estuve en París y en Ámsterdam. En el secundario tuve una

profesora de canto que vive aquí y me invitó a su casa un tiempo. Me apunté a cursos de alemán, conseguí una beca y me mudé a un piso compartido, como tú. Tuve que pasar un examen de alemán. Tengo facilidad para los idiomas. —Se ruboriza.

—Ya lo veo —luego de una pausa, pregunta Sami— ¿Qué te parece si después de comer damos un paseo hasta el lago de la Universidad? Me han dicho que es bonito.

—Estuve sólo una vez. Podemos ir. Aunque mejor lo dejamos para otro día porque he dormido poco anoche. Necesito descansar.

Lorena se da cuenta que se ha precipitado, dejando la puerta abierta para un próximo encuentro, sin que él se lo haya pedido. Pero es que sus neuronas están dejando de funcionar. Nota que Sami caza al vuelo la oportunidad.

—Muy bien —dice —mejor otro día. ¿Me das tu número, así quedamos por WhatsApp?

—Claro —dice Lorena —pero ¿nos vamos juntos en el tren ahora, verdad? ¿O te quedas por aquí?

No quiere separarse de él y eso la perturba.

Le dice el número y él le hace una llamada para que registre el suyo.

Salen y caminan hacia la estación de tren. Toda la actividad de la mañana se ha detenido en el campus. Esa es la sensación que